

UN CANARIO ESCAPÓ DE SU JAULA

—¡Oiga, mi cabo! ¡No he hecho nada! ¿Por qué me lleva preso?

—¿Cómo que nada? ¿Y los papelillos de marihuana en tus bolsillos?

—Son para mi mamá, ella es la que pitea.

—Entonces, iremos a preguntarle a tu mamá.

—¡Me va a pegar cuando sepa que me agarraron otra vez!

—Lo lamento. Calculo que debes tener unos once años...

—Tengo doce, ¡Ya soy grande!

—Eres un niño y no deberías andar callejeando a la una de la madrugada.

No pronunció palabra durante el trayecto. Al llegar, no quiso bajar del furgón.

—Buenas noches, señora, soy el sargento Soto. Encontramos a su hijo en la calle, con papelillos de marihuana. Dice que usted lo mandó a comprar.

—¿Dónde está ese cabro de mierda? ¡Le voy a sacar la cresta! ¡Otra vez volvió a escaparse!

—Entonces, ¿Usted no lo mandó a comprar?

—Casi un año que Matías no vive conmigo. Se acostumbró al robo. Está internado en un hogar.

—¿Viste, muchacho? ¡La verdad siempre se sabe! Pasarás la noche en la comisaría y, por la mañana, te regresaré donde debes estar.

Cumplimos el protocolo de ingreso, le pasé frazadas, café y un sándwich. Luego, regresamos a continuar nuestra ronda. Terminado el turno, mientras escribía el informe, el cabo de Guardia Sandoval se acercó para comentarme:

—Oiga, mi sargento, anoche dejaron un canario en la comisaría.

—¿A qué te refieres?

—Al menor que quedó en custodia. Cantó toda la noche, hasta que lo venció el sueño.
Tiene una voz espectacular.

—¿Tiene su gracia, entonces, el chiquillo?

—¡Siiii, mi sargento!, ojalá lo hubiera escuchado.

—Ahora que lo llevo al internado, le pediré que entone alguna canción.

—Ya, canario, vamos.

—¿Por qué me dice así, mi cabo?

—Soy sargento y mi apellido es Soto. El cabo de guardia nos dijo: el pequeño tiene una voz bellísima, es un canario ¿Qué canción te sabes?

—¿De qué me sirve cantar bonito si soy conocido por ser ladrón?

—Matías, la vida siempre da oportunidades y hay que aprovecharlas.

—¿Quiere escucharme cantar?

—Pero, ¡Por supuesto! ¿Qué estamos esperando?

El muchacho se puso a cantar. Su interpretación fue realmente maravillosa y con mucho sentimiento. Mientras cantaba, grabé un audio para recordar este mágico momento. A continuación, lo dejé donde correspondía, regresé a entregar la patrulla y me fui a casa. La voz del pequeño rondaba en mi cabeza ¡Tanto talento perdido!...

¡Por la miéctica!

Mi esposa estaba feliz de verme llegar sano y salvo.

—¿Cómo está mi sargento bonachón?

—¡Hola, cariño!

—¿Qué tal el turno?, ¡Ya, pues!, dele el reporte a su amor ¡ja, ja, ja! Hum... algo te preocupa, te conozco.

—Nada grave. Anoche detuvimos un pequeño que vagaba. Canta bellísimo, pero... se perderá. Me correspondió regresarlo al internado. Su madre considera que ese lugar es el más adecuado para su hijo.

—Pucha, qué lamentable...algunos niños están desahuciados antes de ser adultos. Dime: ¿Eso es lo que te tiene inquieto?

—Algo así, brujilda. ¡ja, ja, ja! Tú siempre le achuntas.

—Si mi sargento promete invitarme a cenar este fin de semana, le soluciono su problema ¡Y estoy hablando en serio!

—¿No hay alguna pista, Consuelito?

—¡No! ¡ja, ja, ja! Pasando y pasando.

—Bueno...prometido: si la propuesta es viable, saldremos a cenar.

—Mira: tu hermano está jubilado, vive solo con Angélica y ellos no tuvieron hijos. Además, es profesor de música. ¿Por qué no piden ellos la custodia del menor? Así, lo rescatan de ese ambiente peligroso y potencian sus habilidades artísticas.

—¡Qué brillante idea! Tendré que conseguir el consentimiento de su madre y pedir al juez que autorice su custodia.

Aprovechando mis días de franquicia, hice las consultas del caso. Me fue excelente. Lo legal fue resuelto y mi hermano y cuñada estaban felices con la oportunidad. Esa misma tarde hablé con Matías quien, sin mucha euforia, respondió que estaba dispuesto a aceptar con tal de salir de ese lugar.

—Te aseguro que serás bien recibido, pero deberás cumplir ciertas reglas.

—¿Cómo cuáles, mi sargento? En el Hogar hay muchas reglas.

—Regresarás a la escuela. Estudiarás canto con mi hermano, él es profesor

de música y será tu apoderado. Debes aprovechar la oportunidad porque dudo que se repita.

— No debes escaparte para volver a la calle, si lo haces, seguramente volverás a robar e irás a la cárcel. Recuerda que estaré pendiente: si te pegas un condoro ¡Te regreso a donde estabas!

—¿Y cuándo nos vamos?

—Ahora mismo, agarra tus petacas para ir a dejarte.

Lo noté nervioso, me sentía igual. Quizás era demasiado trabajo para mi hermano. No era justo que pasara malos ratos a su edad.

—¿Cómo les tengo que decir?

—Les dirás tíos. Ella se llama Angélica y él, Alonso.

En el antejardín, ambos esperaban la llegada de su pupilo. Un apretón de manos fue suficiente para la presentación. Tomamos juntos la once y le explicaron su rutina diaria. Las únicas exigencias: respeto, disciplina y un vocabulario adecuado.

—Matías —le dije— Anda a dejarme a la puerta, por favor.

—¡A su orden, mi sargento!

—No olvides lo que hablamos: debes cumplir con tu palabra, ¡estás advertido!

La primera semana, llamé todos los días para informarme. Afortunadamente, el proceso marchaba a la perfección y, a fin de mes, mi hermano llamó. Me sobresalté cuando lo hizo.

—Hola, Daniel ¿Cómo has estado?

—Hola, Alonso ¿Ocurrió algo con el alumno?

—Tranquilo, llamo para invitarlos a cenar.

—¡Iremos encantados! Nos vemos entonces.

Matías nos abrió la puerta, lucía como un príncipe. Estaba peinado a la gomina porque tenía mechadas de clavo, el pobre. Nos mostró sus cuadernos limpios y ordenados. Luego, pasamos a la mesa.

—Matías, cariño...no hagas sonar la boca cuando comes.

—Lo siento, tía, es que el papeo está pulento.

Iba a dar mi opinión, pero se adelantó Angélica.

—“Tiempo al tiempo”, cuñadito, esa es la palabra mágica.

Luego del postre, Alonso se sentó junto al piano y llamó al artista:

—Ya, mi niño, sus tíos se merecen apreciar cuánto ha progresado.

Fue sencillamente fabuloso. Mi señora lloraba emocionada porque nunca lo había escuchado cantar. Además, interpretó un tema de Nino Bravo ¿Qué mejor?

—¡Bien, Matías! ¡Impecable!

—¿Qué opinas del canario, Consuelo?

—Estoy asombrada porque lo haces extraordinariamente bien, me sentí en las nubes.

—No diga eso tía, me recuerda a mi mamá. Ella decía lo mismo cuando se fumaba un pito. Con mi hermano estábamos muertos de hambre, pero ella andaba en las nubes.

—Te felicito, hermano, qué buen trabajo has hecho. Tú también, querida Angélica, se nota tu sello maternal.

Hicimos un brindis por el cantor y Alonso nos dio la primicia:

—Matías tiene un mes de plazo para subir sus notas y, si cumple su palabra, yo cumpliré la mía. Nuestra idea es llevarlo a una audición de la televisión para que participe en un concurso de talentos. Tengo fe en que clasificará.

—Lo haré, tío Alonso, no le voy a fallar a usted ni a la tía.

Como que me anduve picando un poco y dije:

—Tampoco nos falles a nosotros, ¡Fuimos los que encontramos el diamante!

De regreso, hablamos solo de Matías: un bello niño que ahora era feliz. Al día siguiente le comenté al cabo Sandoval los avances y desafíos del pequeño canario. Él merecía ser informado ya que fue el inventor del apodo.

—Es grato, mi sargento, recibir buenas noticias que alegran la vida. Soportamos tantas ingratitudes diariamente.

—Dame un momento, Sandoval — le dije —¿Sí? Aló... ¿Alonso?

—Soy Matías, tío Daniel.

—¡Ah!... ¡Hola!, ¿Cómo estás?

—Bien, lo llamaba para contarle que tengo nombre artístico: desde ahora me llamaré Matías Canario ¿Qué le parece?

—Pero ¡Fantástico! ¡Formidable idea! Así, cada vez que te presentes en algún lugar, nuestra comisaría estará representada en el escenario.

Pareciera que los años no transcurrieran tan rápido, pero la realidad es distinta. Matías Canario ha cumplido veinte años. Luego de ganar el concurso infantil, los canales de televisión y festivales nacionales proyectaron su trabajo musical dentro del país. Grabó su primer *single*, que causó furor en toda América Latina. Hoy, radicado en México, busca consolidar su carrera internacional. Nos reunió para darnos la noticia cuando tomó la decisión de emigrar: “Ustedes me acogieron en mi niñez, por lo tanto, yo no los abandonaré en su vejez”, nos dijo. Y por aquí andamos patiperreando. Alonso es su director musical, Angélica es la encargada del vestuario, mi esposa es su Manager y yo... su chofer y guardia personal.